

Louis Turner y John Ash (1991). **Thomas Cook: El turismo y el beneficio del progreso humano.** En Turner, L., & Ash, J. *La horda dorada. El turismo internacional y la periferia del placer* (pp. 73-86). Madrid: Endymion.

El nacimiento del turismo de masas organizado tiene un carácter casi bíblico, investido además del elevado tono moral del evangelismo característico del siglo XIX. En 1841, un vendedor de libros, predicador baptista y distribuidor de panfletos y opúsculos del condado de Derby iba de camino hacia una reunión con sus cofrades en la virtud de la templanza, reunión que había de celebrarse en Leicester, cuando se sintió de pronto inspirado por «la idea de contratar un tren para transportar a los amigos de la templanza desde Leicester a Loughborough, y también en el viaje de vuelta, con objeto de que asistieran a la reunión de delegados que habría de celebrarse trimestralmente». Este hombre no fue otro que Thomas Cook, y llevó a la práctica la idea con su inequívoca rapidez y eficacia. Semanas más tarde, 570 viajeros realizaron este viaje a cargo del ferrocarril de los condados de las Midlands, pagando una tarifa especial y reducida. Esta iniciativa no tardó en aplicarse también a otras visitas a lugares tan pintorescos como Matlock y el Monte Sorrel; en 1843, tres mil escolares de Leicester efectuaron una excursión a Derby. Esta clase de «excursiones» pronto iban a ocuparle la mayor parte de su tiempo, hasta el extremo de que Cook pronto iba a proclamar su convicción de que era necesario ampliar la capacidad de los ferrocarriles, para que en ellos viajasen «millones de personas». A pesar de su frenética actividad, aún tuvo tiempo, en 1846, para publicar un volumen de himnos a la templanza, en el cual se incluyen estos versos imperecederos:

Seiscientos mil borrachos marchan  
hacia la condenación y el infierno,  
al tiempo que los gemidos y el crujir de dientes  
crecen en un coro plañidero.

Es cuando menos discutible que el verdadero inicio de Cook como promotor de las «excursiones en masa» fuese el viaje Liverpool-Caernarvon de 1845. Los turistas llegaron a Liverpool en ferrocarril, desde donde fueron transportados a Caernarvon en un vapor especialmente fletado para la ocasión; el grandioso punto final fue una ascensión a la cumbre del Snowdon. Los anuncios que se hicieron de este viaje causaron una gran sensación, y la respuesta de los ciudadanos de a pie fue tan abrumadora que se hizo necesario preparar un segundo viaje. Cook se ocupó prácticamente de todo; hizo un estudio preliminar de los alojamientos disponibles y de las comodidades existentes, y publicó un *Manual del viaje a Liverpool*. Animado por el éxito, Cook experimentó entonces su segunda «revelación», esta vez en un entorno más adecuado por lo dramático:

«Desde la cumbre del Snowdon, mis pensamientos volaron hacia Ben Lomond, y tomé la determinación de intentar llegar a Escocia». No tardó, lógicamente, en producirse una invasión de Escocia llevada a cabo por los excursionistas, en 1846 y 1847. Desde 1848 hasta 1863, Cook organizó personalmente giras con guía por toda Escocia, contando con unos cinco mil turistas por temporada. En ese mismo período se abrió la veda, por así decir, en Lake District, en la isla de Man y en Irlanda. En 1848, Cook realizó la primera visita guiada a una «casa noble», al aprovechar que el Duque de Rutland abrió su Castillo de Belvoir a los turistas traídos por él. Poco después, el Duque de Devonshire recibió en Chatsworth a 1.200 excursionistas. Al caer ante su ímpetu las ciudadelas de la aristocracia, no es de extrañar que un personaje de tan humilde origen como Cook ampliase sus miras e idease perspectivas cada vez más atrayentes:

Terminé por hallarme tan imbuido por el espíritu del turismo que en seguida empecé a contemplar la posibilidad de realizar viajes al extranjero, ya fuese *por* el continente europeo, los Estados Unidos y las Tierras Bíblicas.

Durante la primera mitad del siglo XIX cayeron por su propio peso los últimos obstáculos que se interponían ante el turismo organizado y en masa. Al año siguiente de la batalla de Waterloo se realizó la primera travesía en vapor del Canal de la Mancha; el escenario de la batalla se convirtió en una de las principales atracciones turísticas. En 1821 ya operaba un servicio regular entre Calais y Dover. En 1828 se tendieron las primeras vías ferroviarias en Francia y en Austria, y en 1848 el ferrocarril alcanzó las hasta entonces inhóspitas tierras de Suiza. Toda esta revolución de la tecnología del transporte generó de inmediato una notable expansión del turismo en Europa. Estaba preparado el terreno, evidentemente continuando la tradición del Grand Tour, pero también gracias a la creciente popularidad de los balnearios y de los lugares de veraneo a orillas del mar, que databa ya de finales del siglo XVIII. A mediados del siglo XIX, pasar las vacaciones relativamente lejos de la ciudad en la que se residía durante todo el año había terminado por convertirse en costumbre inveterada de un grupo social más numeroso que nunca. La iniciativa de Cook, así como su genio organizador, dieron el impulso definitivo a esta costumbre.

Cook fue el perfecto empresario, un brillante oportunista, presto a detectar cuáles eran las necesidades reales de su clientela, convencido además de la absoluta corrección moral de lo que estaba haciendo. Entre su moralidad filantrópica y su mentalidad de negociante no se produjo ninguna fricción, ya que una y otra terminaron por ser aliadas inseparables. Consideraba el ferrocarril como una inmensa y benéfica fuerza de índole social. Sus excursiones se realizaban sobre uno de los principios

fundamentales de la filosofía de Bentham: «el máximo beneficio para el mayor número de personas que sea posible y al coste más bajo que se pueda obtener». Dedicó mucho tiempo a convencer a los directores de las compañías ferroviarias y de vapores de que no estaba predicando el altruismo, sino un negocio muy rentable. Tuvo plena constancia de ser todo un innovador; un viaje organizado como el de Liverpool-Caernarvon era algo que antes nunca se había llevado a cabo. En el «excursionismo» terminó por ver un agente de la democratización, y en 1861 puso de manifiesto la sinceridad de los principios democráticos en que se basaba al organizar una excursión a París compuesta por mil quinientas personas en apoyo de una manifestación obrera. Cook perdió en tal ocasión 120 libras esterlinas, y describió su iniciativa como «una empresa realizada por amor y sin beneficios». No obstante, al año siguiente organizó una excursión de similares características.

A pesar de estos prometedores inicios, este turismo fundado en la conciencia política no dio muestras de materializarse en nada concreto; de hecho, no parece posible imaginar a un moderno operador turístico que organizase viajes en apoyo de las manifestaciones estudiantiles y obreras celebradas en París en mayo de 1968. Cook sigue siendo hoy en día el más claro apologeta del turismo organizado; sin ninguna clase de reservas vio en su obra «algo íntimamente relacionado con las grandes empresas en beneficio del progreso humano»<sup>1</sup>. Esta previsión, no obstante, no ha llegado a cumplirse; tal como veremos en otros capítulos, el turismo ha sido un instrumento notablemente ineficaz si se trata de promover la igualdad entre las personas; como aliado de los oprimidos, no ha servido de nada. En la época en que se produjeron las primeras innovaciones de Cook, saltaba particularmente a la vista el hecho de que las personas que tenían a su disposición medios si acaso modestos contaban por vez primera con más oportunidades de viajar que nunca; por si fuera poco, la cantidad y la variedad de los destinos posibles se hallaba en continuo aumento. Durante el invierno de 1850-1851, Cook había empezado a negociar un «tour» por los Estados Unidos, aunque se distrajo de este proyecto cuando se le ofreció la posibilidad de organizar excursiones en tren a la Gran Exposición de 1851. Cook llevó nada menos que a 165.000 personas al Crystal Palace, sede de dicha exposición. Después de este éxito, la Exposición de París de 1851 debió de antojársele la ocasión idónea para llevar a cabo la primera invasión excursionista del continente. Sin embargo, Cook hubo de hacer frente a una intensa oposición. Las compañías que controlaban el tráfico del Canal de la Mancha no se mostraron ni mucho menos entusiasmadas con la idea, y Cook tan sólo pudo organizar un «viaje a Francia», desde Leicester a Calais. De todos modos, no era un hombre que se dejara desanimar fácilmente, y al año siguiente consiguió organizar su primer «gran "tour" circular por el continente». El itinerario era el siguiente:

---

<sup>1</sup> Thomas Cook, *Carta a la prensa norteamericana* (1866).

Harwich, Amberes, Bruselas, Colonia, el Rin, Estrasburgo, París, Le Havre y Southampton. Tuvo tal éxito que se vio obligado a repetir este «tour» seis semanas más tarde. En estos primeros «tours» guiados por el continente participaron tan sólo unos cincuenta excursionistas; hasta comienzos de la década de 1860, Inglaterra siguió siendo el principal teatro de operaciones de Cook. Solamente a finales de la década de 1850 empezó a lograr considerables beneficios del turismo, aparte de mantener su intensa actividad de reformista social, realizando vigorosas campañas en pro de la derogación de las leyes del maíz.

La conquista de Europa por parte de Thomas Cook empezó en serio en 1862, año en el que cerró un acuerdo con la compañía ferroviaria de Brighton para preparar el tránsito de pasajeros al continente desde Newhaven a Dieppe. Las excursiones parisinas de Cook son las primeras auténticas excursiones guiadas en grupo; de antemano se habían resuelto todos los detalles relativos al transporte y al alojamiento, y los turistas eran por lo general gentes de medios limitados. Cook había sustituido el sistema *velturino* del Grand Tour, y cumplió con todas sus obligaciones contractuales con muchísima más eficacia y honestidad que anteriormente. No pasó demasiado tiempo hasta que otros imitaron su ejemplo; en 1863, la agencia Stangen se había establecido en Breslau. Stangen<sup>2</sup> pronto se trasladó a Berlín, y en seguida se convirtió en un serio competidor de Cook.

En 1863, Cook realizó una visita a Suiza, donde descubrió que tanto los hoteleros como los propietarios de las líneas ferroviarias saludaron con gran entusiasmo sus ideas y propuestas; no tardó en realizarse el primer «tour personalmente guiado». En 1864 Cook escribió lo siguiente:

Francia y Suiza me ofrecen en la actualidad un campo casi ilimitado para operar con el turismo. Por el momento, me veo en París, rodeado por unos quinientos o seiscientos turistas, a los cuales espero que esta noche se sumen otros cuatrocientos o quinientos más. Además, otro grupo de ciento y pico ha partido ya hacia Suiza...

Su paso siguiente, inevitablemente, tenía que ser Italia, el más ilustre y venerable de todos los destinos turísticos. Cook realizó personalmente un estudio de Turín, Milán, Florencia y Génova, con objeto de familiarizarse con sus atracciones turísticas y sus instalaciones disponibles. En 1864 salió de Inglaterra la primera excursión organizada con rumbo a Italia; se habían solicitado muchas más plazas de las que estaban previstas. El impacto del sur no llevó a Cook a renunciar a sus principios y a la defensa acérrima de la templanza; aun cuando no pudo impedir que sus turistas probasen los vinos italianos, les aconsejó claramente que no

---

<sup>2</sup> Knebel (1960).

invirtiesen «sus dineros en pescarse una diarrea». En la década de 1860 se produjo asimismo la introducción, por parte de Cook, de los cupones de tren y hotel. Con su meticulosidad de costumbres, Cook probó personalmente el sistema, viajando primero por Italia y luego hasta Viena, y desde allí, por el Danubio, hasta Hungría, para volver a Suiza pasando por el Tirol. (En la década de 1890, eran unos 1.200 los hoteles de todo el mundo que aceptaban en pago sus cupones). A partir de 1868, Cook organizó giras por Suiza y por el norte de Italia. A pesar de sus rivales y competidores, como Stangen, el turismo en Europa era dominio de Thomas Cook.

También tuvo que hacer frente a quienes le criticaron. Charles James Lever, crítico y novelista irlandés, atacó en reiteradas ocasiones a Cook desde las páginas del *Blackwood's Magazine*. La nueva raza de turistas le inspiró el más profundo desprecio; describió las ciudades de Italia tachándolas de «lugares infectos, invadidas por estos personajes que transitan a centenares, y es que no se separan en ningún momento; se les ve de cincuenta en cincuenta, o puede que más, arremolinados en torno a su director, que tan pronto va en cabeza como a la cola del grupo, guiándolo como un perro pastor...» Si hay que creer a Lever, los hombres que integraban estos grupos eran «en su mayoría ancianos, temerosos y entristecidos; las mujeres, tal vez algo más jóvenes, visiblemente agobiadas por el viaje, se mostraban algo más animadas, más despiertas y chistosas». Ruskin se lamentaba de que los hábitos sin duda más lujosos del Grand Tour hubiesen pasado a mejor vida, aun cuando la actitud más generalizada quizá sea la que ejemplifica un «poema», por llamarlo de algún modo, escrito por un tal John Close, en el cual figura el siguiente verso: «Saludemos todos a Thomas Cook, hombre de miras filantrópicas...» El propio Mark Twain proclamó con entusiasmo desbordante:

Cook ha conseguido que viajar sea más fácil que nunca, que sea todo un placer. Es capaz de vender al más pintado un billete a cualquier rincón del globo, o a varios lugares de una sola vez, aparte de proporcionar el tiempo necesario para disfrutar de todo ello. Se encarga de ofrecer alojamiento en cualquier parte del mundo... además, es imposible que el viajero se sienta tímido, ya que los cupones indican con toda claridad qué cantidad debe abonar...

Cook había realizado su primer viaje exploratorio a América en 1866. Descubrió que ya estaba en funcionamiento el «American Express», aun cuando no dispusiera aún de un sistema de excursiones plenamente desarrollado. La primera excursión a América se realizó en aquel mismo año. Un año antes, «Thomas Cook & Son» había establecido su primer despacho oficial en Londres, en el 98 de Fleet Street. John Mason Cook había unido fuerzas con su padre en calidad de socio permanente, encargándose de la delegación londinense de la empresa. A partir de entonces, la

historia de «Thomas Cook & Son» iba a ser una historia de continuas expansiones y de prestigio en progresivo aumento. Una de sus excursiones, realizada para 20.000 personas con destino a la Exposición de París de 1867, recibió el beneplácito personal de Napoleón III. En la nueva época del turismo organizado, la nostalgia que manifestara Ruskin por aquellos lujos característicos del viaje aristocrático del siglo XVIII, así como las burlas elitistas de Lever, iban a ser simples voces que predicaron en el desierto. Al margen de Lever, muy pocos parecían haberse preocupado por el efecto que tendría sobre la población nativa de los países visitados aquella nueva avalancha de gentes de baja crianza, protoxenóforas y lingüísticamente ignorantes:

Se mofan de nuestras ceremonias eclesiásticas, ridiculizan nuestra cocina, critican nuestra manera de vestir, violan continuamente nuestra lengua. ¿Cuánto ha de durar nuestra paciencia, cuánto habremos de aguantar estas afrentas?

De cuando en cuando, el progreso continuado de «Thomas Cook & Son» se encontró con diversos estorbos, debidos principalmente a los improperios de la opinión pública local. Cuando los Cook adquirieron el funicular del Vesubio, se negaron a pagar a los guías de montaña las 900 libras esterlinas que éstos habían conseguido arrancar a los anteriores propietarios. Los guías, a manera de represalia, incendiaron la estación del funicular, arrojaron tres vagones a un cráter y cortaron la línea. Semejante arranque de pasión latina de poco podía servir frente al talante flemático y metódico de Cook, que se limitó a cerrar las instalaciones hasta que la absoluta escasez de turistas puso de rodillas a los nativos rebeldes. Le costó tan sólo seis meses domeñar su carácter levantisco.

«Thomas Cook & Son» no tardaron en ejercer una influencia comparable a la del gobierno. Según comentario de uno de sus contemporáneos, «el mundo pertenece a Thomas Cook». En 1872, Cook realizó su primera vuelta al mundo, tras lo cual comentó: «Esto de dar la vuelta al mundo es un negocio muy sencillo, casi imperceptible...» A pesar de ello, fue la agencia alemana de Stangen la primera que organizó una vuelta al mundo, en 1876. En aquella época, «Thomas Cook & Son» se había dedicado intensivamente al Oriente Próximo. Ya en 1868, Cook había realizado un viaje de sondeo por Constantinopla, Beirut, Jaffa, Alejandría y El Cairo. En diciembre de 1868 anunció que iba a realizar una gira por Palestina y el Nilo durante la primavera siguiente. La gira de Palestina le supuso laboriosas gestiones y negociaciones con los jeques de la zona, anticipándose quizá a la reciente gira que ha realizado la actual agencia Cook por Nueva Guinea (ver página 257). Los turistas viajaron con todas las comodidades disponibles, alojándose en lujosísimas tiendas de campaña. El monopolio de «Thomas Cook & Son» en esta zona llegó a tal extremo que en 1898 fueron los responsables de organizar la peregrinación a Tierra Santa del káiser Guillermo II.

La ampliación del poder y la influencia de Cook resulta abiertamente visible en Egipto. En 1807, John Mason Cook fue oficialmente designado por el Jedive para que hiciera las veces de agente del gobierno encargado del tráfico de pasajeros por el Nilo. En 1875 convenció al Jedive para que autorizase la creación de un servicio de pasajeros en barco de vapor que iba a recorrer el tramo comprendido entre la primera y la segunda catarata, tras ser designado agente único del servicio postal en todos los vapores del gobierno. En 1880, el gobierno egipcio dio a Cook el control exclusivo de todos los vapores dedicados al tráfico de pasajeros. Cook se encontró de este modo en una posición de importancia decisiva en la vida del país; no puede considerarse ni mucho menos decisiva en la vida del país; no puede considerarse, ni mucho menos una exageración lo dicho por G.W. Steevens: «el dueño y señor nominal de Egipto es el sultán; el verdadero dueño y señor es Lord Cromer. Su gobernador nominal es el Jedive, y su gobernador verdadero... es Thomas Cook». De ahí a participar directamente en diversas cuestiones políticas no quedaba más que un paso. Cuando el tráfico de viajeros de placer por las aguas del Nilo tuvo que suspenderse debido a la revuelta de Arabi Pachá, en la década de 1880, los Cook se dedicaron a transportar soldados. El Ministerio de la Guerra del Imperio Británico confió a los Cook el transporte rápido de sus mejores tropas. Después de estos disturbios, y después del fracaso con que se saldó la intervención de Gordon, los Cook tuvieron que reconstruir por completo de flota de que disponían, dado que los vapores originales habían quedado inutilizados. En 1890 contaban con quince nuevos vapores que operaban en calidad de hoteles flotantes. En 1887, los Cook abrieron de hecho un hotel en Luxor. No solamente iba a ser el primer hotel de lujo de Luxor, sino el primero de los Cook. Tuvo un éxito inmediato, y rápidamente se inició la construcción de un segundo hotel.

Ya desde el primer momento, la empresa de los Cook en Egipto iba a estar revestida de un carácter muy distinto a su empresa en Europa. Iba a resultar más grandiosa y más lujosa; por decirlo con mayor exactitud, iba a ser una empresa de dimensión imperial. Los Cook no sólo eran los representantes del imperialismo británico en Egipto, sino que eran también fundamentales para que dicho imperialismo fuese plenamente operativo. Ya no se trataba, allí, de las aventuras filantrópicas emprendidas poco después de mediados de siglo, sino de un turismo destinado a los aristócratas y a los propietarios de intereses coloniales, que puede incluso compararse con el turismo romano en Egipto. Tal como hemos visto anteriormente (capítulo 1), la mayor parte de los turistas romanos en Egipto eran oficiales o soldados de permiso. Para los británicos, Egipto era un estado dependiente de la corona, y una parada y fonda muy conveniente a lo largo de la ruta directa de la India. El carácter de este turismo victoriano y eduardiano en Egipto queda ejemplificado en las resonancias de ciertos nombres de hoteles: así, el Windsor Palace, en Alejandría; el Semíramis, en El Cairo;

y el Palacio de Invierno, en Luxor. Se trataba de hoteles literalmente palaciegos. El Semíramis de El Cairo, aunque un tanto ajado, aún conserva todo un salón de espejos «a la Versailles», un comedor recargadamente ornamentado y una hiperabundancia superflua de palmeras plantadas en pies de plata escupulosamente bruñidos. El Palacio de Invierno, en Luxor, deja todo esto atrás: se trata de una monstruosidad descomunal de arenisca rosa intenso, cuyas estancias públicas están casi intactas, con sus suelos de parquet, sus sillas de caoba y un ambiente a un tiempo lúgubre y suntuoso. Las habitaciones privadas ostentan los nombres de aristócratas, políticos y arqueólogos británicos. El hotel domina por completo sobre el Nilo, hasta los acantilados de la Necrópolis Real de Tebas. Monumento, así pues, a las pretensiones imperialistas de la Europa decimonónica, es de justicia que se encuentre frente a los monumentos funerarios de uno de los imperios más antiguos. No deja de ser incluso irónico que el viejo Palacio de Invierno haya sido sobrepasado por el Nuevo Palacio de Invierno, una nueva edificación parasitaria, compacta, con aire acondicionado, adherida al ala norte de la antigua construcción.

En el siglo XIX, Egipto no era sino una lejana provincia, autónoma además, del decrepito Imperio Otomano. Tras haber sido testigo de la grandeza y la decadencia de los imperios faraónico, ptolemaico, romano, fatimí y mameluco, todo su poder político y su vitalidad cultural habían quedado en suspenso por espacio de varios siglos. Se trataba en definitiva de un museo ideal, al aire libre, en el que, por si fuera poco, no llovía nunca. Podía recorrerse en barcos de lujo, equipados como los hoteles. Egipto era además proveedor, para los ansiosos artistas de la Europa decadente, de algunos de sus motivos predilectos, de los cuales cabe destacar la Esfinge, que tan prominentemente figura en la obra de Oscar Wilde y Gustave Moreau. Impresionados por la «escala inhumana y el despiadado poder» de la arquitectura faraónica, los decadentes y estetas europeos se sintieron muy tentados de meditar en torno a la siniestra fascinación que ejercía sobre ellos el antiguo Egipto. El maravilloso perfil, digno de las *Mil y una noches*, que ofrecía El Cairo al atardecer, constituyó otra de las obsesiones típicas del fin de siglo. El oriente de Bizancio y del Islam ejercieron una especial fascinación en el caso de ciertos escritores franceses del siglo XIX: Gautier, Flaubert y Nerval, entre muchos otros. Una visita a Oriente Próximo era considerada entonces una terapia excelente para todos aquellos románticos aquejados del mal de amores. En la década de 1840, Gérard de Nerval se había instalado en El Cairo, en compañía de una amante javanesa que había adquirido en un mercado de esclavos. La costumbre que ésta tenía de llenar su lecho de cebollas (debido a su aroma sosegante y a sus connotaciones religiosas) pronto resultó, sin embargo, insostenible, y Nerval se ofreció a enviársela a Gautier<sup>3</sup>. «Thomas Cook & Son» posibilitó que los estetas y los

---

<sup>3</sup> Nerval.



decadentes visitaran Egipto sin sacrificar ni un ápice de su sibaritismo, y el amante de Oscar Wilde, Lord Alfred (Bosie) Douglas, figuró entre quienes sacaron mejor partido de aquella red de comunicaciones. La tradición la mantuvo Ronald Firbank, el gran sucesor de Wilde en calidad de apóstol del ingenio y del dandismo, que realizó una extensa gira por el Nilo en los años veinte, ya en nuestro siglo, de quien se dice que incluso pudo sofocar un motín con sus propias manos.

En la década de 1880, «Thomas Cook & Son» era ya toda una institución del Imperio Británico. John Mason Cook partió hacia la India en 1880 con el beneplácito de Gladstone; se diría que él mismo consideró su misión en términos diplomáticos: «...así como sería excelente disponer todos los pormenores de las visitas que los ingleses hicieran a la India, no estaría de más inducir a los hindúes más acaudalados a visitar Egipto». El turismo en tanto agente del progreso humano había pasado a ser agente para la consolidación del Imperio, es decir, un sistema mediante el cual la clase dominante del país conquistado podía verse inducida a identificarse más incluso con la clase dominante de la potencia conquistadora. John Mason Cook estableció sus delegaciones en Bombay y en Calcuta, formando el «Departamento de los Príncipes de Oriente». En 1887, este departamento llevó a cabo las disposiciones necesarias para la visita que los príncipes hindúes realizaron con motivo de las celebraciones de las Bodas de Oro de la Reina Victoria. Estos viajes principescos a menudo resultaron extraordinariamente ostentosos, hasta el extremo de comprender, por ejemplo, doscientos sirvientes, diez elefantes y treinta y tres tigres domesticados. El Departamento de los Príncipes de Oriente existía aún en los años cincuenta, cuando John Pudney escribió su biografía de Thomas Cook<sup>4</sup>.

No sería justo pensar en la implicación de Cook en la India como una cuestión derivada puramente de la necesidad de cumplir con la extravagancia de los príncipes. A la compañía se le encomendó asimismo la tarea de reorganizar el tráfico de peregrinos de la India a La Meca que, hasta entonces, había sido objeto de toda clase de escándalos. A los Cook se les otorgó prácticamente un monopolio; al igual que los peregrinos cristianos a Tierra Santa, los musulmanes hindúes pronto disfrutaron de la tremenda honestidad de los Cook y de su excelente capacidad de organización.

Aprovechándose de los avances de la tecnología del transporte, «Thomas Cook & Son» llevó a cabo toda una revolución en el turismo ya a finales de siglo. El turismo había dejado de ser coto vedado de los aristócratas y los excéntricos peripatéticos: se había convertido en una industria. Armado con los cupones de ferrocarril y de hotel que emitía la agencia Cook, el turista podía exigir precios uniformes y unos criterios mínimos

---

<sup>4</sup> J. Pudney, *The Thomas Cook Story* (1953).

de servicio y alojamiento. En realidad, esta estandarización fue un arma de doble filo: por una parte, supuso un mayor confort y una disminución del papel del propio turista en la toma de decisiones de verdadera importancia; por otra parte, supuso una clara disminución de los elementos de auténtica novedad, de aventura, propios del turismo en sí. Era poco probable que el turista experimentase alguna incomodidad, algún azoramiento, pero también era poco probable que llegara a contactar en realidad con el país que había acudido a visitar. El sistema de excursiones con guía patentado por Cook redujo el destino del turista a un limitado número de atracciones que había que ver, y poco más.

Cook había expandido asimismo el espectro geográfico del alcance del turismo. Si las ciudades de Italia resultasen estar repletas de hombres «tristes, agotados», y de mujeres jóvenes y «chistosas», el aristócrata y el aventurero podían contemplar por ejemplo Egipto, Tierra Santa o la India, países más a la altura de sus exigencias, en los cuales el turismo de Cook había tomado una forma esencialmente diferente. En Europa, el turismo por él organizado amplió los privilegios de las clases altas y acomodadas a la pequeña burguesía de los países industrializados; en relación con el campesinado de Italia, el turista inglés asumía una categoría casi de aristócrata, y en la mayor parte de los casos, evidentemente, había dejado de serlo. En las colonias del Imperio, el turismo de los hoteles y los barcos palaciegos expresa y refuerza más aún las divisiones terminantes, jerarquizadas, existentes entre los blancos de la clase dirigente y las gentes de color; se dedica por entero a la comodidad y el entretenimiento de los aristócratas. Es irónico que una de las motivaciones más ostensibles de este tipo de turismo siga siendo la admiración del «pasado glorioso» por parte de los pueblos sometidos.